

DESTINO



AVANCE EDITORIAL

¡Sé el primero en leerlo!
En librerías desde el **30 de abril**

Facebook.com/edicionesdestino



@EdDestino



Aún recuerdo el día en que, siendo muy niña, aprendí a leer. Fue un acontecimiento mágico. Todavía puedo revivir la emoción temblorosa que experimenté cuando las letras empezaron a cobrar significado delante de mis ojos. Un instante antes, tan sólo parecían animalillos que se ocultan bajo tierra y que nadie puede ver, y al siguiente estaban vivas y eran capaces de darle sentido al mundo, de ordenarlo.

Cuando fui adulta, evoqué muchas veces aquella alegría, así que no me resultó difícil entender por qué los primeros textos literarios tuvieron carácter religioso o científico. La escritura es una liturgia, una fe y una gozosa sabiduría. Pero sobre todo, la lectura. Y yo me convertí en una lectora siempre impresionada por el papel, en una feligresa de esos dibujos animados sagrados que son las letras, en una especialista de la tinta y el pincel.

Al poco, en cuanto fui capaz de leer de corrido, caí rendida ante el poder de las buenas historias.

Ya lo creo.

A lo largo de mi existencia, los libros me salvaron la vida una y otra vez. Los escritores, vivos y muertos, se convirtieron en mis amigos del alma, los que nunca me abandonaban, los que me susurraban sus historias con voz queda, los que me hablaban cuando nadie lo hacía, desde su corazón hasta mi corazón tantas veces en rui-

nas. Gracias a ellos jamás me sentí desamparada, no padecí esa enfermedad mortal contemporánea que llaman soledad, y que aqueja a tantas personas que se creen incapaces de vivir día a día consigo mismas, que no tienen amigos que vivan eternamente en los libros como los he tenido, y los sigo teniendo yo.

A lo largo de toda mi vida, los libros me protegieron de la derrota, la depresión, el aislamiento e incluso de la locura. Por eso no me resultaba extraño imaginar que vendrían también en mi auxilio para rescatarme de la bancarrota y la pobreza, llegado el caso. Que llegó. La pobreza física, y la espiritual sobre todo, que es la peor de todas las pobrezaas posibles.

Trabajo

Hacer de mi vida una obra de arte requiere esfuerzo, trabajo, voluntad.

Las cosas no caen del cielo.

Una no se levanta una mañana y mira al infinito y dice: «Parece que hoy me va a caer del cielo medio mango, cuatro panes de pita, un queso de Burgos bien curado, una cebolla tierna y una cucharadita de hierbas mexicanas, ¡justo lo que necesito para preparar la comida!».

No. Hace falta trabajar para conseguir la comida.

Y no sólo para preparar el puchero es preciso el trabajo.

Incluso los ricos necesitan trabajar. Y, si no, están apañados. Porque el ser humano está hecho para funcionar. Pensar, crear, labrar, educarse, edificar, componer.

A mí, por ejemplo, me gustaría construirme, conquistar nuevos territorios para mi mente, entretener mis emociones formando un tapiz hermoso, que no asuste ni engañe, que no esté descompensado, que no admita la distorsión como una mácula inevitable, que no esconda el rostro entre las manos.

Todo eso requiere trabajo. El mismo trabajo que hacen el panadero, el herrero, el carpintero, el arquitecto, el poeta, el profesor, el barrendero, el piloto y el niño que va a la escuela.

Si no pongo trabajo en el empeño, la obra que es mi

vida será descuidada. Ni trazada con finas líneas ni segura de sí misma. Una caricatura de lo que pudo haber sido. Si la dejo desatendida, se cubrirá de malas hierbas y peores presagios. Será una larva que jamás despertará mariposa. Y para manos cruzadas sobre el pecho, inmovilidad y descanso absolutos, ya están los cadáveres en el balneario eterno de los cementerios.

Voltaire creía que el trabajo nos libra de tres insufribles calamidades: el aburrimiento, el vicio y la necesidad. Y claro que trabajar cansa, pero los huesos duelen más cuando no se hace nada. Y los huesos del cerebro que son las ideas también se agarrotan si nadie los mueve un poco.

La pereza es la hermanastra del trabajo. Se burla de él, se disfraza de ocio y diversión, de placeres sin número, de mando del televisor. Sin embargo, a poco que una sea algo avispada, se da cuenta de que cuando disfruta también piensa, prepara, maniobra y... trabaja. El asueto requiere concentración, no pone en marcha una pieza suelta del cerebro, sino que lo acepta para que funcione con suavidad.

El trabajo no es una condenación bíblica. Incluso cuando una persona no necesite trabajar para ganar un sueldo, tendrá qué hacer. Con su familia, sus amigos, su hogar y su propio cuerpo. El trabajo no es vergonzoso, ni síntoma de pobreza. La indignidad está en ser pobres por dentro. Tener el temple deshabitado como una casa vieja: eso sí que es lamentable.

Hay quien trabaja mucho, y hay quien por desgracia no encuentra trabajo a su pesar, pero se puede razonar así sólo si hablamos en términos económicos. Porque el trabajo no es economía. O no es *sólo* economía. Hay algo más allá de las cosas, del dinero y las posesiones. Algo en la conciencia, en el intelecto.

Un corazón de cigarra o de hormiga, como decía el buen Esopo, marca la diferencia entre una vida feliz y

una desdichada. El corazón que recoge alimentos durante el verano de su biografía, pasa mejor el invierno de su vida. Cómodo y calentito, sin la desesperación como única compañía. Llenar la despensa del alma, para que nada falte cuando llegue la época de carestía y de hambre.

Si durante la niñez, la juventud y la madurez somos capaces de ir trayendo lo suficiente a la cabeza y el espíritu, la vejez será más serena. Si la cabeza y el espíritu no han sido provistos en su tiempo, si no son más que un solar donde ni el polvo abunda, cuando la vejez nos sorprenda no estaremos preparados, y el vacío nos asustará con su provisión de carencias y de aullidos. Para procurar que eso no suceda, es preciso trabajar. Aunque uno sea rico. Aunque desayune oro como el Rey Midas.

Es hoy cuando tenemos que trabajar, no mañana. Nadie paga el trabajo que se hará mañana, sino el de hoy.

Para hacernos ricos, hay que trabajar. Pero no para ser ricos como esos ricos que disponen de yates, criados y amantes que salen en las revistas... No, no esa clase de ricos. Quiero decir, ricos de verdad. Personas de ilusiones colmadas, con la alacena rebosante de virtudes y fuerzas.

No quiero ser como el camello del cuento de Rudyard Kipling que, en el principio de los tiempos, cuando el mundo era nuevo y todo eso, y los animales apenas comenzaban a trabajar para los hombres, vivía en medio del Desierto Aullante porque no quería trabajar, se limitaba a ser un aullador que comía palos, tamariscos, venetósigos y espinas, y con lamentable pereza cada vez que alguien le hablaba respondía: «¡Jorobar!»... No, yo no quiero ser como ese camello porque ya sabemos cómo acabó el pobre, y que por eso los camellos siguen jorobados y nunca aprendieron a comportarse.

En algunos casos, purificar nuestra voluntad de la inmundicia de la pereza es un trabajo titánico. Más penoso para nosotros de lo que fue para Hércules limpiar los establos de Augías, ¡que hacía treinta años que nadie los baldeaba un poco!

Pero eso únicamente sucede cuando somos sumamente pobres porque no hemos trabajado lo suficiente, de modo que no tenemos pan que guardar en la artesa, ni artesa para guardar el pan, ni casa donde colocar la artesa, ni pedazo de tierra para plantar nuestra casa.

La casa y el pan y la artesa del corazón.

Ocurrió una mañana de primavera, extrañamente hermosa, en un Madrid que había logrado por fin sacudirse de encima la seta gris de la contaminación gracias a unas lluvias frescas y vigorizantes caídas por sorpresa la noche anterior.

Yo era una editora muy preocupada —las ventas habían caído en picado, llegando en algunos casos al cincuenta por ciento—, la recesión económica no estaba dejando títere con cabeza. Sufríamos todos, desde el panadero hasta el editor. Del encofrador al peluquero de la reina.

Estaba teniendo una jornada desagradable.

Hacía cuatros años que trabajaba bajo mucha presión por culpa del bajón que había dado la industria del libro. Sí, porque el libro *también* es un negocio. Muchos piensan que un editor que desea vender libros es un ordinario, un repugnante traidor a las puras esencias del arte, un avaricioso, y casi más inmoral que un traficante de armas. Hay personas que siguen con este prejuicio metido en la cabeza. Conozco a algunas de ellas que no sólo piensan así, sino que llevan toda la vida robando libros, como para apoyar su absurda tesis. Ni siquiera se dan cuenta de que, cuando roban, no le roban al editor ni al autor: le roban al pobre librero.

Uno de esos cleptómanos del libro, que fue joven en un París de hace décadas, me confesó que entre él y unos amigos estudiantes de la época habían logrado arruinar a un maravilloso librero parisino que a todos les daba cobijo, amistad, café y conversación. Le saquearon la librería sistemáticamente mientras se recitaban a sí mismos la excusa de que vender libros es obsceno y que, el pobre librero, no sólo debía de ser rico sino que se tenía merecido el robo.

Como si los libros no fuesen también un objeto. Un objeto noble y precioso, por supuesto, pero una mercancía delicada que, en caso de no conseguir suficientes compradores, se pudre en los almacenes, se muere en silencio, e impide que nuevos libros sigan editándose, que avance la cultura, el conocimiento y por lo tanto la riqueza de un país, del mundo entero.

El caso es que a mí me presionaban desde arriba para que publicase éxitos, para que vendiera muchos libros y el negocio siguiera viento en popa, pero el negocio no iba bien y yo trasladaba el mismo impulso de apremio a los que tenía bajo mis órdenes. Y la estructura de la editorial, en días como aquel, daba la sensación de estar a punto de romperse debido a la tensión.

A veces, cuando no podía más, cerraba la puerta de mi despacho y me tomaba unos minutos, sólo un par de minutos de descanso. Y cerraba también los ojos, los atrancaba con más firmeza que la puerta, y procuraba vaciar la mente, desempañarla de toda emoción, desocuparla como el que desaloja una habitación abarrotada de trastos.

Pero era inútil.

Seguía viéndome a mí misma sentada a la mesa de mi despacho, con la mano apoyada en la cara, con el aspecto que tendría la figura de una vidriera en las calles

del casco antiguo de Madrid. El cutis hecho de azulejos con tintes amarillos y añiles. Los ojos de barro vidriado, apenas dos piezas rectangulares en las que alguien, mucho tiempo atrás, habría trazado sus contornos con manganeso. La figura de una mujer triste, estresada, con su cerco separado del resto del mundo por una línea negra, la *cuerda seca* de los azulejos policromados que lucen como elemento urbano en los comercios, tabernas y cafés de la ciudad.

De repente sonó el teléfono. Di un respingo y me atusé el pelo alrededor de la frente, tratando de recomponerme, como si el que llamaba pudiese verme.

Sin saber por qué, tuve la certeza de que eran malas noticias. Hacía tiempo que no recibía nada más que malas noticias, en cualquier caso. Era el signo de los tiempos, al parecer.

Pero esta vez, aunque sin duda eran malas noticias, terminaron siendo buenas nuevas.

Si bien, para eso tuvieron que pasar muchas cosas...

Era mi jefe. Dijo que me invitaba a comer ese mismo día.

—Bu... bueno... —titubeé. No encontraba razón para tanta urgencia. Si estábamos viviendo el fin del mundo, tampoco había por qué darse prisa—. Verás, Pedro, hoy tengo un almuerzo, concertado desde hace semanas, con una autora importante de la editorial.

—Anúlalo. Te espero a las dos en Casa Botín. Calle Cuchilleros, por si no te acuerdas —respondió él.

Su tono, como siempre, era de un falso relajado, con un matiz que sugería continencia y obsesión al mismo tiempo. Me ponía los pelos de punta, pero invariablemente yo siempre lograba sacar para él, de algún pozo medio seco de mi interior, unas palabras propias de la mejor lameculos del mundo. Las palabras que —suponía yo— él quería oír.

—De acuerdo, no te preocupes que allí nos vemos —claudiqué.

«¿Casa Botín? —pensé escamada—, ¿a qué vendrá el derroche?, a no ser que el muy cretino me quiera pedir en matrimonio... »

Anulé la cita con la autora. Me llevó casi una hora darle las explicaciones pertinentes y compensarla por el plantón. Era una quejica y una pelma, pero también una de las pocas que lograban cuadrar los balances gracias a sus libros ambientados en la época de la novela de caballerías. Estoy segura de que a Cervantes le hubiese aterrado conocerla, pero también se habría sentido fascinado por ella. Quizás ambas cosas. Yo la trataba con el cuidado con que manejaría un barril de TNT.

Acudí al restaurante diez minutos antes de la hora, pero Pedro, mi jefe, ya estaba allí. Tomamos un aperitivo. Durante ese tiempo se dedicó a hablar de tonterías, y a mí me sorprendió que no aprovechara para apretarme las clavijas, como solía hacer. Me dio mala espina.

Pedimos cochinito asado y merluza.

Cuando le sirvieron el café, yo ya llevaba una hora y media oyendo sus simplezas que, como diría Jung, mataban mi alma, y admirando su perfil. ¿Cómo, por todos los santos, se puede comer en la misma mesa, frente a frente, con una persona que se empeña en mostrar su perfil todo el tiempo? Siempre me hacía la misma pregunta cuando tenía una comida con él y nunca pude hallar otra respuesta que no fuese: «Pues se come a duras penas...».

Luego, me soltó la bomba:

—Estás despedida, lo siento. No es nada personal, Brianda, créeme. Las cosas no van bien, ya lo sabes. Cobrarás una suculenta indemnización. Al fin y al cabo, llevas quince años trabajando con nosotros. Te corresponde una bonita cantidad. Y todavía eres lo bastante joven como... Además, aunque el sector está

muy mal, estoy seguro de que con tu experiencia puedes...

A partir de ese momento, no recuerdo mucho más.

No sé si le respondí algo a mi jefe, o si me limité a levantarme y marcharme de allí, horrorizada, con cara de fracaso, de quebranto y de desolación. Con el gesto devastado de quien lo ha perdido todo. Imagino que parecería una amante engañada, dejada caer en plena calle como un resto orgánico. En una época en que ni siquiera abundaban los trabajos de amante. En los malos tiempos que me había tocado vivir.

Ahora que lo miro desde la distancia del tiempo transcurrido, me gusta pensar que yo —la Brianda buenecita que yo era entonces— saldría del restaurante con el mismo aspecto que imagino en el personaje poético de un viejo romance de la época del Cid. Aunque lo más probable es que semejara a Doña Tadea, la heroína de Valle Inclán, una triste mujer con cabeza de lechuza. Directa a las filas del paro, además.

El estrés y la ansiedad en el trabajo me estaban consumiendo. Últimamente tenía mala cara. Aunque yo estaba segura de que nunca había sido guapa, por si fuera poco el malestar y las preocupaciones le habían dado a mi rostro una pesadez de idea fija, la palidez de un gran pájaro blanco hindú, y unas ojeras como dos piedras grandes y azuladas ocupando la mitad superior de la cara.

A veces, cuando caminaba por las calles del centro de Madrid —donde estaban las oficinas de la editorial y mi propio apartamento—, sentía la tentación de taparme el semblante, avergonzada de mi aspecto físico. Tenía sueños delirantes en los que imaginaba que era una fiel musulmana, agradecida de que la religión me obligase a cubrir mi rostro y mi cuerpo, con los que mantenía tan mala relación. De modo que andar por el viejo Madrid con la cara hinchada por el llanto no fue lo mejor que me podía pasar aquella tarde.

Siempre estuve convencida de que las palabras, no sólo *hacen* el mundo, sino que también pueden salvarlo. Y, sin embargo, no encontré palabras que me salvaran a mí misma en ese momento de imperiosa necesidad.

Cuando recobré la conciencia, me di cuenta de que estaba huyendo del fracaso —«No es nada personal...», había dicho Pedro, mi jefe—, escapando del miedo, que había condicionado mi vida desde los dieciocho años, desde que me hice adulta de un minuto para otro y sentí el vértigo de vivir sin ayuda de nada que no fuesen mis propias y destruidas energías; me di cuenta de que estaba huyendo de una Brianda que probablemente yo había dejado sentada allí, en una mesa de Casa Botín, quietecita aguantando la charla y las tontas excusas de mi jefe. Me di cuenta de todo eso cuando estaba llegando a mi casa.

Me costó casi veinte años pagar aquel apartamento de poco más de cincuenta metros cuadrados en el barrio de Las Musas, en lo que se suponía que era el Madrid literario, político e ilustrado. De otro tiempo, por supuesto. Donde habían vivido Lope de Vega, Cervantes y Góngora. Las viejas calles del Siglo de Oro español, dispuestas entonces a vivir el Siglo de Hojarasca, el XXI. Las antiguas tabernas y cervecerías ahora plagadas de teléfonos móviles y caras modernas y apagadas, como si no dispusieran de los recursos suficientes para encender la luz de sus miradas. Salas de espectáculos y restaurantes populares a precios impopulares, aceras acosadas por los nuevos bares de copas. Todavía quedaban unas cuantas monedas en los bolsillos de la gente para tomar un trago cerca del Teatro Español o el de la Comedia. Y a saber qué pasaría el día en que esas monedas no estuvieran disponibles para humedecer el gañote de los transeúntes.

Por fin di la vuelta a una esquina y respiré con

tranquilidad. Había llegado a mi calle. Marqués de Cubas, la antigua calle del Turco. Abrí la entrada del portal con dificultad. Me temblaban las manos. Llevaba puestas unas gafas de sol oscuras y los ojos me lagrimeaban.

Subí al piso, al 3.º D. Un salón que yo había previsto años atrás como un lugar de tertulia, donde invitar a amigos, recibir a autores, leer y soñar tumbada en uno de los dos grandes sofás de piel, arropada por el calor de los tonos neutros de las paredes y los muebles coloniales de color tabaco. El apartamento era silencioso. Estaba en calma y en penumbra, con las persianas de los balcones echadas y un suave olor a piel y a libros envolviéndolo todo como un ambientador exquisito, fabricado especialmente para mí. Mi pequeña Galaxia Gutenberg, forrada de estanterías de madera maciza de haya, barnizada y lijada, llenas de volúmenes, muchos de ellos editados por mí. La mayoría, del sello editorial donde había trabajado casi toda la vida, la empresa en la que ingenuamente llegué a pensar que me jubilaría.

Me encanta el olor a libro recién editado. A materia vegetal, a celulosa, a resina de diazonio, a fotopolímeros, a todos esos ingredientes que contienen los libros y se expresan en forma de olores y texturas. Los libros me parecen maravillosos productos de la tierra, como el agua y los árboles y los niños.

¿Qué haría a partir de entonces?, pensé. ¿Qué sería de mi vida sin mis libros? Claro, podía buscar otro trabajo..., pero en el sector no se movía nada, ni nadie, desde hacía cuatro años. ¿Qué había dicho mi jefe? ¿«Todavía eres lo bastante joven para...»? No recordaba si completó la frase. Se me hizo un nudo en el estómago, o quizás fue en el corazón.

Me dio miedo el porvenir. ¿Cómo podía darme miedo algo que ni siquiera existía? Pero yo era miedosa,

prudente y comedida, raramente fiaba algo al azar. No era de esas personas que confían. En la suerte, en los demás, en la bondad de un futuro perfecto. Para mí, el futuro siempre se conjugaba en imperfecto.

Tiré la cartera al suelo, nada más entrar en casa. Me quité las gafas de sol y los zapatos y me dejé caer en el sofá, derrotada.

—Un libro —pensé, nerviosa—, necesito un libro que me diga qué debo hacer...

El truco siempre me había funcionado, a lo largo de toda mi existencia: cuando tenía un problema y no encontraba solución, me plantaba delante de la biblioteca, cerraba los ojos, daba un par de vueltas sobre mí misma, me centraba como una aguja imantada frente a las estanterías, abría otra vez los ojos y fijaba mi mirada en algún libro al azar. Igual que quien elige destino para un viaje poniendo el dedo al albur en un mapa mundi. Se trataba de mi ruleta rusa de la cordura y el conocimiento. De mis consejeros secretos. Yo no tenía una madre a la que acudir en busca de recomendación y lecciones de vida, tampoco un padre. Apenas me quedaban parientes vivos (una prima lejana, que vivía en Alemania, y poco más). Conocía a gente interesante gracias a mi trabajo, autores fascinantes y personas relacionadas con el mundo del libro, cultas y por lo general deslumbrantes. Cierto. Pero lo que me daba el libro de un autor, lo que un libro me daba sólo a mí, para mí, por mí... raramente me lo daba el autor mismo, pese a que conocía a muchos de ellos, dado que a menudo era yo quien los editaba. Lo que encontraba en aquellas páginas tenaces, resistentes, a veces melancólicas, en ocasiones descarnadas, incluso brutales, siempre resplandecientes..., esa grandiosa energía que descubría en ellos, en los libros, era incapaz de localizarla en ninguna otra parte. Y, entonces, cuando estaba perdida, errada, caída en la nada o el todo de la vida, me

detenía a leer como el que hace un alto en las faenas diarias para rezar.

Los libros, todos los libros del mundo, constituían mi particular I Ching, mi gran libro de las Mutaciones, mi lectura de la buena fortuna, ellos me enseñaban a diario que es mentira que el destino esté escrito, y que aunque lo estuviera, siempre es posible corregir, reescribir, mejorar. Ocurre con los textos, y sucede con la vida. Mis oráculos eran los libros, y me enseñaban un camino de libertad. Ellos marcaban mis huellas sobre la escarcha, sobre el hielo resistente de la existencia que está a punto de llegar, eran mi suerte ventajosa, el aviso de los dragones que se enfrentarán en el bosque, la posibilidad del desastre o la fortuna, la fuerza silenciosa y tranquila que mana de la sabiduría y se posa en la palma de mi mano, en la que todo cabe: el universo, la antigua necedad juvenil y la nueva de la edad adulta, la paciencia, el éxito y el fracaso, la violenta tempestad del corazón y la serenidad del ánimo...

Siempre había sabido que tenía el mundo en mis manos porque, mientras mis manos fuesen capaces de abrir un libro, estaba segura de que el mundo aguardaba ahí —intacto, incontaminado, perfecto, y también dañado, impuro, vulgar— para mí.

Y entonces, mientras estaba en mi casa y me sentía sola, fracasada y desesperada, me dispuse a jugar a mi juego privado de los libros, buscando consuelo. Me preparé para seguir el camino que los libros me indicaran sin saber que me llevarían a encontrarme con un reino mágico, un hombre misterioso, un viejo secreto y un tesoro incalculable.

Pero en aquellos momentos, yo no sabía nada de todo eso. Lo único que podía hacer era esforzarme para no llorar.